

NI RECONOCIMIENTO NI DIÁLOGO: YO Y LOS OTROS EN JUAN RAMÓN
JIMÉNEZ

*NEM RECONHECIMENTO NEM DIÁLOGO: EU E OS OUTROS EM JUAN RAMÓN
JIMÉNEZ*

*NEITHER RECOGNITION NOR DIALOGUE: I AND THE OTHER SELVES IN JUAN
RAMÓN JIMÉNEZ*



Antonio GUTIÉRREZ-POZO¹
e-mail: agpozo@us.es

Cómo hacer referencia a este artículo:

GUTIÉRREZ-POZO, Antonio. Ni reconocimiento ni diálogo: yo y los otros en Juan Ramón Jiménez. **Rev. de Letras**, Araraquara, v. 64, n. 00, e025001, 2025. e-ISSN: 1981-7886.



| Enviado en: 07/09/2025
| Revisiones requeridas en: 10/10/2025
| Aprobado el: 25/10/2025
| Publicado el: 28/12/2025



ARTIGO SUBMETIDO AO SISTEMA DE SIMILARIDADE

Editora: Profa. Dra. Claudia Fernanda de Campos Mauro

¹ Universidad de Sevilla (US), Sevilla – España. Catedrático de Estética del Departamento de Estética e Historia de la Filosofía.

RESUMEN: La experiencia del doble consiste en que el yo percibe que él no es solamente él, sino que, dentro de él, hay otros yos. El yo experimenta un extrañamiento interior. Esta vivencia fue ejemplarmente intensa en la vida de Juan Ramón Jiménez y determinó una dirección de su pensamiento poético. La relación que Juan Ramón mantuvo con sus otros yos no fue ni de reconocimiento ni de diálogo. Ni se reconoce en ellos ni conversó con ellos. Más bien, fue una relación violenta en la que Juan Ramón solo intentó acallar la voz de esos otros yos, porque pensaba que su mera existencia ponía en peligro la pervivencia de su propia personalidad.

PALABRAS CLAVE: Juan Ramón Jiménez. Otro yo. Reconocimiento. Diálogo. Extrañeza.

RESUMO: A experiência do duplo consiste em que o eu percebe que ele não é apenas ele mesmo, mas que, dentro dele, há outros eus. O eu experimenta um estranhamento interior. Essa vivência foi exemplarmente intensa na vida de Juan Ramón Jiménez e determinou uma direção de seu pensamento poético. A relação que Juan Ramón manteve com seus outros eus não foi nem de reconhecimento nem de diálogo. Nem se reconheceu neles nem conversou com eles. Antes, foi uma relação violenta na qual Juan Ramón apenas tentou silenciar a voz desses outros eus, pois pensava que a simples existência deles colocava em perigo a sobrevivência de sua própria personalidade.

PALAVRAS-CHAVE: Juan Ramón Jiménez. Outro eu. Reconhecimento. Diálogo. Estranheza.

ABSTRACT: The experience of the double consists in the ego perceiving that it is not only itself, but that, within it, there are other selves. The I experiences an inner estrangement. This experience was exemplarily intense in the life of Juan Ramón Jiménez and determined the direction of his poetic thought. The relationship that Juan Ramón maintained with his other selves was neither of recognition nor of dialogue. He neither recognized himself in them nor conversed with them. Rather, it was a violent relationship in which Juan Ramón only tried to silence the voice of those other selves, because he thought that their mere existence endangered the survival of his own personality.

KEYWORDS: Juan Ramón Jiménez. Other self. Recognition. Dialogue. Strangeness.

Introducción

En la inquietante vivencia del doble el yo advierte que no está solo, que él no es solamente él, que hay otros yos, otros él en él. El yo prueba la perturbadora experiencia de que, además de él, es otro, un extraño para sí mismo. Hegel –y luego Marx- había hablado de la experiencia de la alienación del yo que se manifiesta en una exterioridad, se pone en un objeto exterior. Pero esta alienación es más sutil y desasosegante pues implica que la alienación se da en el propio yo, sin necesidad de exteriorizarse. El fenómeno del doble supone introducir el extrañamiento en la interioridad misma del yo. El yo doblado, dividido, es aquel cuya identidad contiene ya la alteridad, de modo que, según Ricoeur, “una [identidad] no se puede pensar sin la otra” (Ricoeur, 1990, p. 14). La propia identidad del *sí mismo* está constituida por otra identidad que es, al tiempo, sí mismo y otro, aquella misma identidad de partida y otra. No se da la identidad sin la alteridad. Esto es lo que caracteriza y define al intranquilizador fenómeno del doble. Miguel de Unamuno extrajo de esa experiencia una consecuencia lógica y angustiosa. Él mismo confesaba que ser yo y otro, tener la identidad rota, implica no saber quiénes somos, lo cual representa una “terrible tortura” (Unamuno, 1964, p. 34). La ruptura de la identidad pone en cuestión la posibilidad del reconocimiento. Difícilmente el yo podrá reconocerse a sí mismo en sus otros. Mejor dicho: al reconocerse en sus otros y reconocer que son justamente otros, reconocerá que él mismo está roto, haciendo entonces imposible el total autorreconocimiento. A lo largo de toda su vida, Juan Ramón Jiménez experimentó real e intensamente este desdoblamiento enajenador y el problema del reconocimiento de sí, y trasladó ambas cuestiones a su obra. Entre 1917 y 1923, en *La realidad invisible*, presentó la temporalidad existencial como una primera manifestación de la división del yo. En efecto, el propio pasar temporal del yo implica la existencia de posibles distintos yos. El que está en el presente puede sentir sus yos pasados como si fueran otros y no él mismo, y del mismo modo puede sospechar que será otro con el pasar del tiempo. El yo del ahora desaparece constantemente en un yo pasado y se proyecta hacia el porvenir en el yo futuro: “¡Y qué poco, qué nada soy yo / este yo, de hoy / que casi es de ayer, / que va a ser todo de mañana!” (Jiménez, 2011, p. 81). Ciertamente, el yo no puede ser otra cosa que el que vive ahora, no hay otro yo que yo ahora, ejecutando esto o aquello. Ese yo ejecutivo es el único real y efectivo. Pero este yo es siempre casi nada, constantemente deja de ser y es ya de ayer y, al tiempo, solo vive hacia mañana. El yo presente vive –desvive- entre el ayer y el mañana, entre el recordar y el esperar. El autorreconocimiento en el presente es pasajero, y por eso busca reconocerse en los yos sidos

y espera poder hacerlo en los yos por venir. Pero la quiebra de la identidad dificulta esta experiencia del reconocimiento temporal del yo y lo condena a la fugacidad del reconocimiento en el presente, rodeada de autoextrañamiento por todas partes.

La creación del otro yo poético

No se puede tratar el problema del doble en Juan Ramón sin tener en cuenta la enérgica afirmación que realiza de su divinizado yo: “Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo” (Jiménez, 2006a, p. 854). Juan Ramón eleva a su propio yo como si fuera un dios y lo convierte en centro de todo su mundo. No es un yo descentrado ni un yo supeditado a las circunstancias. Más bien, es un yo que se alimenta de sí mismo. De hecho, la lectura de la obra juanramoniana nos enseña que toda ella gira en torno al yo, al yo personal del poeta, erigido en protagonista poético de todas las experiencias. Este yoismo poético explica que cuando el poeta sale al mundo solo puede hacerlo personalizándolo, *yoizándolo*. En el fondo, nunca conecta con el mundo y sus cosas como tales, sino con el mundo *en y desde y para* el yo personal. Con un yo así resulta de lo más natural que reconozca que “nunca he sentido deseos de ser otro que yo” (Jiménez, 1975, p. 165). Solo se desea ser otro cuando el yo no está contento consigo mismo, cuando siente la necesidad de trascenderse. Lejos de ello, lejos de cualquier descontento, el yo juanramoniano aspira a ser autosuficiente, a permanecer en su mónada, sin necesidad de salir de sí, porque su patria se reduce a él mismo. No necesita nada más: “¡Qué me importa nada, / teniendo mi cuerpo y mi alma!” (Jiménez, 1976a, p. 66). Ni necesita ni le importa nada que no sea él mismo por la sencilla razón de que ha convertido a su yo en el universo. “Soy todo”, asegura Juan Ramón (Jiménez, 1990, p. 209). Esto quiere decir que lo ha realizado todo en él mismo, que su yo es la realidad donde es y se da todo lo existente. El ser de todo lo real es el ser que tiene en la vida del propio poeta, elevado a realidad radical, a dios o sustancia de todas las cosas. Esta divinización le permite reconocerse en todo porque lo ve todo como algo suyo. El vínculo entre esta elevación del yo como sustancia única de todo lo que hay y el fenómeno del doble presenta dos aspectos.

Por una parte, esta enfatización de índole narcisista del yo realizada por Juan Ramón solo puede desembocar en un terrible espanto ante la muerte porque la muerte significa la desaparición de su amado yo y el hundimiento de todo, pues sin yo no hay nada. El horror ante el desvanecimiento y cese del yo tiene, a su vez, como consecuencia la creación consciente y

voluntaria de su doble en su propia obra, un otro yo poético que trascienda la muerte y persista tras la extinción de su yo de carne y hueso. El yo/todo tiene que eternizarse para que siga existiendo su mundo. La única manera viable que encuentra Juan Ramón es poniéndose e inmortalizándose en su poesía. Su enorme miedo a morir le llevó a escribir ya en su juventud que su voluntad no era otra que “hacer un yo, lo más parecido posible a mí, que se quede aquí en pie en esta vida bella, cuando yo tenga que tenderme bajo sus pies” (Jiménez, 1990, p. 37). Este otro yo creado voluntariamente para inmortalizarse en la obra y eludir su muerte es él mismo, pero no su yo cotidiano, sino su yo potenciado en su mejor e ideal ser. Juan Ramón conoce la distancia que separa su yo concreto de su destinado yo ideal: “Yo no soy yo. / Soy este / que va a mi lado sin yo verlo” (Jiménez, 1982, p. 119). Afirma que su objetivo vital es ejecutar ese yo potencial: “Mi destino soy yo y nada y nadie más que yo” (Jiménez, 2006a, p. 1278). Pero también sabe lo difícil que es verificar efectivamente la mejor posibilidad de uno mismo: “¡Qué pocos días / yo soy yo!” (Jiménez, 1982, p. 85).

Esta dificultad origina una inevitable “lucha en mí entre mi bueno y mi mejor” (Jiménez, 1990, p. 189), entre el yo real y el yo ideal. Prueba de esta lucha por ser su mejor yo, su yo pleno o perfecto es su permanente cambio de nombres. Juan Ramón se ha llamado a sí mismo, entre otros nombres, J. R., J. R. J., Juan Ramón Jiménez, creador sin escape, cansado de su nombre, vencido vencido, Juan de lo imposible o andaluz universal, y concluía que, ya que “ninguno me satisfacía, me quedo con el que me han puesto: Juan Ramón” (Jiménez, 2014, p. 641). Se cansa de sus nombres porque se cansa de no ser el que quiere y tiene que ser: “No creo que haya nadie más cansado de su nombre que yo” (Jiménez, 1990, p. 573). El cansancio que le producen sus nombres es síntoma de la constante insatisfacción juanramoniana ante su yo efectivo, siempre lejos de consumir su yo mejor. La multiplicidad de los nombres muestra que su obra representa su permanente progreso hacia sí mismo (Maurer, 2016, p. 25). Juan Ramón convierte su yo en un *work in progress*. Mediante su creación poética, pretende compensar la diferencia y realizar su mejor poder ser. Esto implica la conversión de su propia obra en una “forma de ir construyendo su identidad” (Juliá, 2010, p. 27), en un camino “hacia uno mismo” (López Castro, 2007, p. 34).

El otro yo salvaje

Por otra parte, como segundo aspecto de la relación entre la divinización del yo y la experiencia del doble, hay que advertir que aquella decidida afirmación del yo solo puede tener

el lógico efecto de que Juan Ramón viva con gran desazón el hecho de que su yo esté roto y poblado por dobles que habitan y encuentra en él. Estos otros yos o dobles no solo existen en el poeta al margen de su propia voluntad y conciencia, sino, más bien, incluso contra ellas. La vivencia de esos otros yos que surgen de forma fortuita e inesperada solo puede ser una experiencia especialmente aterradora. En *Rimas* (Jiménez, 2006b, p. 140) con veinte años, confiesa sentir simultáneamente tanto amor y pavor al mirar su imagen en el espejo, su doble, que, escribe, *me doy a mí mismo un beso*. Sin duda, el beso es una consecuencia del amor narcisista que se profesa el yo sublimado a sí mismo. Pero también es una consecuencia de la inquietud que le produce verse como un extraño, como otro. En esta tesitura, el beso sirve para reconciliarse con ese otro yo de la imagen especular, y superar de ese modo la herida de alteridad que abre la figura del doble. El beso del yo físico con el otro yo del espejo hace de mediador entre los dos yos para evitar la extrañeza y amistarlos. Pero el poder del beso resulta impotente como método de reconciliación que devuelva la paz interior al yo. La zozobra de la imagen del otro yo no puede superarla el beso.

En *La obra desnuda*, Juan Ramón poetizó que *al fin del largo corredor / había uno que era yo* (Jiménez, 1976b, p. 83). Al verse a sí mismo fuera de sí, como un extraño, comprobó con desasosiego, primero, que no podía reconocerse a sí mismo en su doble y, segundo, y mucho más desasosiegante y aterrador, que él mismo, que su yo, contra todo lo que podía esperar el *cogito* cartesiano, no se terminaba en su propia autoconciencia, que había otro –u otros- en él. Ese otro yo interior, lejos de ser creado mediante reflexión, surge involuntaria e inopinadamente. Este personaje que le hostiga y enajena es aquel al que llama *mi loco*, un doble irracional y salvaje: “Muchas veces he sentido dentro de mí como otro yo que empezaba a perder la razón” (Jiménez, 1990, p. 288). Juan Ramón experimenta su yo dividido en dos partes en conflicto, una dionisiaca y romántica, una parte de locura y nocturna, y otra parte apolínea e ilustrada, de naturaleza reflexiva y matinal. Una vez admitidas estas dos dimensiones, Juan Ramón entiende que ser poeta no es otra cosa que gobernar con cordura al demente salvaje interior, o sea, pulir racionalmente el torrente creativo que brota de la parte enloquecida e irreflexiva del yo: “El poeta verdadero es un dios cuerdo, mitad suya, que domina a un dios loco, su otra mitad” (Jiménez, 1990, p. 461). Indudablemente, ese insensato interior es el otro yo del que el yo Juan Ramón habla en su poema *Espacio*: “Dentro de mí hay uno que está hablando”, confiesa (Jiménez, 2006a, p. 862). El yo consciente juanramoniano no puede conseguir el silencio y la tranquilidad que desea porque el otro yo instintivo no para de hablar. “No lo puedo callar, no se puede callar. Yo quiero estar tranquilo”, declara, y exclama: “¡Calla,

segundo yo, que hablas como yo y que no hablas como yo, calla, maldito!” (Jiménez, 2006a, p. 862). Una vida así es un perenne combate entre el yo reflexivo y autoconsciente, y su doble, su otro yo salvaje. El yo inconsciente grita por salir de su ocultamiento, acceder a la superficie y dominar toda la conciencia del yo reflexivo de Juan Ramón que pelea por evitarlo, pero “siempre no he tenido fuerza suficiente para vencer o vencerme” (Jiménez, 1990, p. 288), admite. Ahora bien, este yo poético autorreflexivo sabe también que su poesía se nutre de aquellas energías ingobernables. Sabe que sin este otro yo salvaje no habría poesía. La conciencia juanramoniana es un campo de batalla desolado por el conflicto perpetuo entre estas dos potencias ancestrales, lo apolíneo y lo dionisiaco.

Ni reconocimiento ni diálogo

Un yo tan divinizado como el de Juan Ramón no puede ni reconocerse y realizarse mediante sus dobles, ni dialogar con ellos como si fueran sus complementarios. Desde luego no puede haber reconocimiento en esos otros yos por la sencilla razón de que esos dobles mantienen su insuperable diferencia respecto a él. Juan Ramón no puede entonces vencer la alteridad de esos otros yos. Son más ‘otros’ que se encuentran en él, que otros ‘yo’. No puede reconocerse en ellos porque, estando en él, son otros. Otros yo, pero sobre todo *otros*. La alteridad del otro yo es insalvable. Rota entre sus dobles, la identidad del yo resulta irrecuperable. Por eso el yo no puede verse ni reconocerse en ellos y, mucho menos, reconciliarse. El yo de Juan Ramón es, existe ya en el mundo, y luego, una vez constituido, se topa con esos otros yos, que aparecen y se mantienen como extraños en –y frente a- él. La división juanramoniana del yo equivale al autoextrañamiento sin ninguna opción de reconciliación. Aquí está el origen del miedo que siente Juan Ramón ante sus dobles: por estar habitado por extraños otros yos que imposibilitan el reconocimiento, resulta espantoso no poder decir que él es él. Siente que su yo no se acaba en los límites de su propia autoconciencia. Estos dobles son sujetos y no simplemente objetos, pero no son sujetos que afirmen al yo juanramoniano, que ya se afirma a sí mismo antes y por sí mismo, sin necesidad de ellos. Son, más bien, enemigos que amenazan con asaltarlo y suplantar su identidad. Juan Ramón experimenta a sus otros yo como peligros, no como posibilidades propias. Lejos de estar mediado por sus dobles y constituirse a su través, Juan Ramón se encuentra radicalmente enfrentado a ellos. Si el espíritu hegeliano “alcanza su auténtico ser solo cuando logra encontrarse a sí en la absoluta rotura” (Hegel, 1970, p. 24), el yo juanramoniano solo concibe

a sus otros yos como oponentes contra los que solo cabe el conflicto y la lucha. La identidad hegeliana se consigue mediante el reconocimiento de sí en la alteridad; la identidad juanramoniana ya existe, ya está dada sin necesidad de enajenarse, de modo que solo podrá comprender la alteridad que espontáneamente surge en ella como un enemigo que la acecha y la cuestiona.

Pero el yo sublimado juanramoniano no solo impide su autorreconocimiento en sus otros yos. También le hace imposible dialogar con ellos para complementarse. La vigorosa exaltación juanramoniana del yo impide que su duplicación repita el modelo machadiano del diálogo pluralista entre complementarios. A su divinizado yo que es todo, nada le falta. No necesita querer nada más que a él mismo, porque es un yo autosuficiente que tiene en sí su principio y su fin: “Terminate en ti mismo como yo” (Jiménez, 2006a, p. 855). A diferencia del yo de Machado, determinado por la “sed metafísica de lo esencialmente otro” (Machado, 1978b, p. 313), el narcisista yo de Juan Ramón no está atravesado por la herida de la alteridad. Siente a sus otros yo en él, pero no los ve como complementarios, los ve como enemigos. No podía verlos como complementarios porque, una vez que se considera a sí mismo divino, es difícil pensar que pueda ser complementado. Esta creencia en su autosuficiencia y su rechazo de la necesidad de completarse se muestra en su inclinación al monólogo y su alejamiento del diálogo. A su vez, la voluntad monológica y antidialógica de Juan Ramón puede comprobarse en su casi nula propensión a leer a los otros: “Me gusta más crear lo mío que leer lo de los demás” (Jiménez, 1990, p. 92). Lo que le gusta es estar consigo mismo, solo, sin los otros, cuya obra entonces en nada puede contribuir a la suya: “Cómo me cansan todos los libros ajenos” (Jiménez, 1990, p. 259). Su pobre altruismo le inhabilita para el diálogo. El otro entonces no puede ser para él un complementario.

El poeta de Machado, en cambio, ajeno a toda divinización y animado por el deseo de alteridad, no busca al *yo fundamental*, sino al *tú esencial* (Machado, 1978c, p. 273). Ya no es tan otro, como ocurría en Juan Ramón, sino un *tú*. Donde el yo se diviniza, hay otros; donde el yo se ironiza porque se abre y no se cierra, hay *tús*. Ese ‘tú’ lo encuentra ya en sí mismo y no como un extraño, sino como un interlocutor: “Converso con el hombre que siempre va conmigo” (Machado, 1978a, p. 136). Además, ese otro interior y dialogante de Machado, el tú que pertenece al yo, lejos de ser una simple voz amiga, es el opuesto al yo y, precisamente por ello, es su complementario: “Busca a tu complementario, / que marcha siempre contigo, / y suele ser tu contrario” (Machado, 1978c, p. 270). El yo machadiano existe solo como yo dialógico, de manera que incorpora a sus otros yos como complementarios. Esa conversación

entre el yo y sus dobles interlocutores es un debate entre opuestos en desacuerdo que se complementan y se constituyen mutuamente. Los polemistas de este diálogo se afirman uno contra otro. La complementación que defiende Machado no tiene como meta el acuerdo final y la superación de las diferencias, sino la convivencia entre distintos que existen —y se reconocen— en constante tensión. Esta conversación no solo no amenaza la identidad del yo, sino que la acrecienta mediante la integración de las perspectivas de los otros yos.

Si el yo de Machado es plural porque se siente necesitado de otros, el yo juanramoniano está orientado hacia la soledad porque se siente todo, exento de toda trascendencia y pluralidad. Juan Ramón escribe que cuando está totalmente solo es “como si yo me hiciera universo o como si el universo se hiciera yo” (Jiménez, 1990, p. 723). No necesita complementarios. No se comunica con los otros yos que encuentra dentro de sí. El yo como tal de Juan Ramón se reduce a su autoconciencia. De ahí que el yo se comprenda a sí mismo como autosuficiente sin necesidad de referirse a sus otros. Si sus otros yos perteneciesen a la raíz del yo, éste no podría saberse a sí mismo en soledad, ya que en ese caso su conciencia de sí le conduciría inevitablemente a esos dobles. No podría haber autoconciencia sin pasar por ellos. Pero no ocurre así en Juan Ramón. Su narcisismo cierra la posibilidad de que los otros yos que irrumpen espontáneamente en su interior puedan formar parte de su propia autoconciencia. La brecha entre el yo juanramoniano y sus dobles es infranqueable, lo que hace imposible la complementación y la conversación. Ese yo no tiene una identidad plural, sino rota, fragmentada, de modo que los dobles no pueden ser complementarios. En vez de diálogo entre el yo y sus otros yos, hay enfrentamiento. Esta es la razón de que su arte poético brote exclusivamente del propio Juan Ramón, no del diálogo con sus otros yos: “Mi poesía la he ido hallando yo solo en mí día a día” (Jiménez, 1990, p. 288). Su poesía es monológica, no dialógica.

El otro yo como enemigo y la nada del yo

Para un yo enclaustrado como el que expone Juan Ramón, sus otros yos, sus dobles, no pueden representar otra cosa que impedimentos y adversarios del despliegue de la identidad de su propio yo. En ningún caso pueden ser complementarios con los que, conversando, se ensanche el horizonte de su yo. De espaldas a cualquier concepción pluralista, los otros yos, en vez de posibilidades enriquecedoras, quedan reducidos a obstáculos y enemigos del yo juanramoniano con los que necesariamente entra en conflicto porque ponen en peligro su

identidad. El enaltecimiento juanramoniano del yo condena a sus otros yos al papel de perturbaciones que solo pueden causar pavor. Dado que el yo no pretende complementarse con sus otros yos, entonces solo busca silenciarlos y eliminarlos. No solo no se comunica con ellos, es que la distancia y la falta de comunicación que existe entre ellos son tan grandes que el propio Juan Ramón interpela a su misma conciencia, a su interior, para saber si al menos le escucha: “¿Me oyes tú, conciencia?” (Jiménez, 2006a, p. 866). Y la interroga porque “no está seguro de que su conciencia pueda oírle” (Del Olmo Iturriarte, 1995, p. 41). Ahora bien, cuando por fin se escuchan, tampoco hay lugar para la comunicación, pues, temeroso de que el otro yo le despoje de su propia voz, solo pretende callarlo: “¡Calla, segundo yo, que hablas como yo y que no hablas como yo, calla, maldito!” (Jiménez, 2006a, p. 862). La poesía de Machado se fundaba sobre la voluntad de diálogo: conversar con el otro que acompaña al yo. La antidialógica poesía juanramoniana solo aspira a callar a los otros. Nada sabe de conversaciones con dobles. Juan Ramón ha reducido su otro yo a la condición de peligroso enemigo respecto del cual niega el más mínimo atisbo de diálogo. Así de radical es la separación que hay entre él y sus otros yos.

En suma, Juan Ramón ni supera las distintas divisiones entre él y sus otros yos para afirmar su yo, ni asume esas diferencias para conversar con ellos como complementarios. Y no hace ni una cosa ni otra porque su afirmación solitaria del yo le obliga a mantener la distancia y la lucha como única relación posible con sus dobles. Un yo que ya está divinizado no puede reconocerse en sus otros yos ni considerarlos sus complementarios para enriquecerse mediante el diálogo con ellos. Sin duda, el miedo que experimenta Juan Ramón ante sus dobles puede tener su origen en la amenaza que suponen para su yo. Ahora bien, el propio Juan Ramón siente en lo más hondo de su conciencia que puede haber otra causa más profunda y sutil, y también más inquietante. Tal vez, su miedo a sus otros yos también pueda deberse al hecho de que sospeche que esos otros yos han surgido en su interior no por casualidad, sino más bien porque, en el fondo, su propio yo es insustancial y, en consecuencia, sus dobles han ocupado el hueco del vacío que realmente es él. El pavor que experimenta Juan Ramón ante sus otros yos encubriría entonces el terror que siente ante su propia nada. En este caso, el rechazo de sus dobles solo sería una máscara, porque sabe que los necesita para combatir la nihilidad que sustancialmente es él mismo en último término.

Conclusión

La afirmación del propio yo no es solo lo primero en la poética juanramoniana, sino que además, y sobre todo, es lo sustancial. Juan Ramón es un poeta del yo, un yo que el poeta sublima y diviniza. Pero la terrible experiencia que sufre un poeta así es sentir la existencia de otros yos que amenazan la integridad de su amado yo. Esta es la tragedia juanramoniana. Podía haber sido un poeta del yo que solo vive plácidamente en su yo, pero, lejos de ello, siente el desgarramiento de su yo en otros yos. Por eso, la vivencia de esos otros yo no podía ser de ninguna manera una convivencia dialógica y complementaria como la que experimentó Antonio Machado con sus otros yos. Tampoco pudo acabar en un reconocimiento del sí mismo en los otros. El yo divinizado de Juan Ramón no estaba provisto con la potencia identificadora del espíritu hegeliano, capaz de desgarrarse y de cerrar la brecha reconociéndose e identificándose en los otros. Esos otros hegelianos dejaban de ser otros, pero los otros yos juanramonianos nunca dejan de ser otros. Ni dejan de ser otros ni Juan Ramón es capaz de conversar y convivir con ellos. El resultado es la violencia y la lucha. También resulta inútil el intento de silenciarlos y olvidarlos. La relación del yo juanramoniano con sus otros yos solo podía ser entonces una relación trágica, de permanente e insoluble antítesis sin posible solución ni síntesis. Un yo que no puede conseguir el deseado silencio de la yoidad solitaria porque sus otros no cesan de hablar. Un yo que los manda callar con destemplanza, pero sus dobles no dejan de hablar. A pesar de sus deseos, ni el silencio ni la soledad están al alcance de la mano del yo juanramoniano. Así transcurre la trágica existencia del divinizado yo de Juan Ramón.

REFERENCIAS

- DEL OLMO ITURRIARTE, A. **En torno a “Espacio” de Juan Ramón Jiménez**. Palma de Mallorca: Monograma, 1995.
- HEGEL, G. W. F. **Phänomenologie des Geistes** (1807), Werke, Band 3. Frankfurt: Suhrkamp, 1970.
- JIMÉNEZ, J. R. Sazón. *In*: JIMÉNEZ, J. R. **Vida (proyecto inacabado)**. Valencia: Pretextos, 2014.
- JIMÉNEZ, J. R. **La realidad invisible (1917-23)**: obras. Madrid: Visor, 2011.
- JIMÉNEZ, J. R. Espacio (1941-54). *In*: JIMÉNEZ, J. R. **Leyenda**. Madrid: Visor, 2006a.
- JIMÉNEZ, J. R. **Rimas (1902)**: obras. Madrid: Visor, 2006b.
- JIMÉNEZ, J. R. **Ideología (1897-1957)**: metamorfosis IV. Barcelona: Anthropos, 1990.
- JIMÉNEZ, J. R. **Eternidades (1916-17)**. Madrid: Taurus, 1982.
- JIMÉNEZ, J. R. **Olvidanzas (1906-07)**: segunda antología poética (1898-1918). Madrid: Espasa-Calpe, 1976a.
- JIMÉNEZ, J. R. **La obra desnuda (1923-36)**. Sevilla: Aldebarán, 1976b.
- JIMÉNEZ, J. R. El andaluz universal (1923). *In*: JIMÉNEZ, J. R. **Crítica paralela**. Madrid: Narcea, 1975.
- JULIÁ, M. **De la nueva luz**: en torno a la poesía última de Juan Ramón Jiménez. Huelva: Diputación de Huelva, 2010.
- LÓPEZ CASTRO, A. **El instante azul**: estudios sobre Juan Ramón Jiménez. Madrid: Endymion, 2007.
- MACHADO, A. **Campos de Castilla (1907-17)**: poesías completas. Madrid: Espasa-Calpe, 1978a.
- MACHADO, A. **De un cancionero apócrifo (1924-36)**: poesías completas. Madrid: Espasa-Calpe, 1978b.
- MACHADO, A. **Nuevas canciones (1917-30)**: poesías completas. Madrid: Espasa-Calpe, 1978c.
- MAURER, C. H. **El perfeccionista**: hacia una poética del trabajo. Madrid: Fundamentos, 2016.
- RICOEUR, P. **Soi-même comme un autre**. Paris: Seuil, 1990.
- UNAMUNO, M. **El otro (1926)**. Madrid: Espasa-Calpe, 1964.

CRediT Author Statement

- Reconocimientos:** No.
 - Financiación:** Ninguna.
 - Conflictos de intereses:** Ninguno
 - Aprobación ética:** Respects la ética.
 - Disponibilidad de datos y material:** Están disponibles.
 - Aportaciones de los autores:** El trabajo es de un solo autor.
-

Procesamiento y maquetación: Editora Ibero-Americana de Educação
Revisión, formato y normalización

